

LAS COARTADAS DEL ANTISEMITISMO: EL MITO DEL “JUDÍO ARQUEOLÓGICO”

En la mayor parte de los países en los que existe una comunidad judía relativamente grande y con una tradicional presencia, la imagen sobre los miembros de la misma se constituye a partir de esa realidad presente. No es el caso de España. Durante siglos no los ha habido en esta tierra y en la actualidad la comunidad hebrea española es muy pequeña. Esto no impide que exista un imaginario sobre los judíos.

De hecho existen varios. Uno responde a los mitos, muy extendidos en la izquierda en la actualidad, según los cuales los judíos dominan el mundo a través del capitalismo o el cine norteamericano, por ejemplo. Otro, muy minoritario, responde al antisemitismo¹ tradicional de corte católico superado por la Iglesia en el Concilio Vaticano II. Y existe un tercero, generalmente positivo hacia un sector concreto de los hebreos. Este corresponde a la imagen, en ocasiones idealizada, que se tiene de determinados grupos del pueblo judío directamente vinculados con la realidad hispana de hace más de cinco siglos. Por esta conexión con el pasado lo hemos denomi-

Antonio José Chinchetru es periodista. Colaborador en España del American Jewish Committee.

¹ Aunque la forma más correcta de definir el odio al judío es “judeofobia”, en este texto utilizaremos de forma generalizada el término “antisemitismo”, y por tanto “antisemita” en lugar de “judeófobo”, por ser la segunda una palabra cuyo uso está mucho más extendido. Para una mayor comprensión de este fenómeno en la actualidad: Pierre-André Taguieff, *La nueva judeofobia*, Gedisa Editorial, Barcelona, 2003 y Gustavo Daniel Perednik, *La judeofobia*, Flor del Viento, Barcelona, 2001.

nado “judío arqueológico”². Dentro de esta categoría existen dos variantes, íntimamente ligadas entre sí pero con rasgos diferenciados: el sefardí contemporáneo y el hispano-judío³ medieval.

EL ANTISEMITA QUE NIEGA SERLO

A partir del fin de la Segunda Guerra Mundial se produce un cambio fundamental en el comportamiento público del antisemita occidental. Desde ese momento, tras la constatación del horror que supuso el Holocausto, al judeófobo no le gusta reconocerse de forma abierta como tal y niega que lo sea. Un clásico recurso para ello es aducir que se tiene “un amigo judío”. De hecho, incluso puede ser que dicha afirmación sea cierta. Lo que ocurre en este último caso es que esa persona con la que se mantiene amistad es percibida como la excepción a las maldades que se achacan al conjunto de los hebreos.

Los antisemitas españoles no son una excepción a la norma general, pero presentan un rasgo particular que les diferencia de sus iguales del resto de Europa y América. Como ya se ha indicado, la comunidad judía española es muy pequeña y de una implantación relativamente moderna, de apenas unas pocas décadas. Por dicho motivo, la judeofobia en España⁴ es un antisemitismo sin judíos. Debido a esto último, en la actualidad la mayor parte de los antisemitas de nuestro país no conocen miembro alguno de dicha comunidad en el que focalizar de forma concreta su odio. De esta manera, el objeto de rechazo es un judío imaginario, al igual que aquel “amigo” hebreo al que se invoca para negar el propio antisemitismo también es un ser ficticio.

² En justicia hemos de señalar que el término “judío arqueológico” en el sentido aquí utilizado surge en una conversación entre el autor del presente artículo y el intelectual y experto en Judaica Uriel Macías, por lo que no podemos concretar cuál de los dos es el padre de la expresión con el significado que aquí se le da.

³ Los sefardíes son los descendientes de los judíos expulsados de España en 1492, mientras que como hispano-judío se define a aquellos que vivían en los distintos reinos de la Península Ibérica antes de dicho año.

⁴ Un buen estudio sobre el antisemitismo actual en nuestro país en: Jon Juaristi, “La nueva judeofobia en España: los ideólogos”, en VV.AA. *El estigma imborrable. Reflexiones sobre el nuevo antisemitismo*, Hebraica Ediciones, España, 2005.

Dicho “amigo judío” imaginario al que se remite el judeófobo español no es una persona concreta. Al contrario, responde a un arquetipo. Es el judío arqueológico en cualquiera de sus dos variantes antes señaladas.

Existe otro tipo concreto de hebreo del pasado por el que se suele sentir sentimientos de comprensión e incluso afinidad, pero que al presentar unos rasgos diferentes no puede ser incluido en la categoría de “judío arqueológico”: la víctima del Holocausto. Los seis millones de europeos de religión o ascendencia judía asesinados por los nazis y sus colaboradores producen piedad en prácticamente todas las personas, al tiempo que sirven como excusa. “Cómo voy a ser antisemita”, exclama cualquiera que sí lo es, “si el Holocausto me parece horrible”. Acto seguido, eso sí, no dudará en atacar sin piedad a los judíos posteriores, sobre todo si estos viven en Israel o en Estados Unidos. Una variante especialmente perversa de esto, muy extendida entre algunos intelectuales de izquierdas, es equiparar a los judíos actuales con los nazis. El máximo ejemplo de esto lo vemos en la infame obra de teatro llamada *Conversación con Primo Levi*⁵.

Pero la víctima del Holocausto como excusa para negar el odio que uno siente hacia los miembros del pueblo al que el régimen de Adolf Hitler trató de exterminar –algo que con la excepción de los neonazis y negacionistas de izquierdas es ideológicamente transversal– es común a todos los antisemitas del mundo occidental. Frente a ésta, aquellos a los que nos referimos en el presente texto conforman un fenómeno específicamente español. Además, a aquel que murió en los campos de exterminio le falta la idealización de la que son objeto los dos tipos que conforman la categoría de judío arqueológico

Tanto el hispano-judío medieval como el sefardí contemporáneo sirven como “amigo judío” al antisemita moderno español, que además los suele

⁵ Dirigida por Mercedes Lezcano y protagonizada por Manuel Galiano y Víctor Valverde, la obra se representó en diversas ciudades españolas durante 2005 y 2006. Mezcla de representación teatral y proyección cinematográfica, trata de equiparar el conjunto de los judíos en general y el Estado de Israel en particular. Como colofón, el montaje termina con una artera referencia al Holocausto: “¿Cómo un pueblo que ha sufrido tanto, puede años después, infligir a otro tanto dolor?”.

utilizar para afianzarse en sus prejuicios referidos a otros temas. Aunque el amor declarado hacia uno y otro se pueda encontrar en judeófobos de ambas partes del espectro político, cada uno de ellos está más presente a un lado u otro de la línea divisoria entre derecha e izquierda.

Antes de profundizar en la cuestión, hemos de decir que el interés hacia la cultura hispano-judía previa a la expulsión de 1492 o el aprecio hacia sus descendientes, los sefardíes, no es siempre una pantalla que oculta antisemitismo. Muy al contrario, en la mayor parte de las personas que se interesan por estos judíos y sus vínculos con España encontramos un sincero afán de conocer y un auténtico aprecio sin que detrás haya una animadversión de ningún tipo hacia el pueblo judío.

SEFARDÍES, LA ESPAÑOLIDAD EN LO JUDÍO

En primer lugar analizaremos el papel del sefardí. Es el amigo judío que sirve como excusa por lo general a los antisemitas de derechas, tanto si se inscriben dentro de cualquiera de sus corrientes que creen en la democracia como si forman parte de aquella minoritaria que la rechaza. Aunque no es arqueológico en sentido estricto, puesto que el judaísmo sefardí es algo vivo, sí lo es en un sentido figurado. Para muchos españoles los descendientes de los expulsados en 1492 son una realidad lejana vinculada con el pasado y no se plantean el conocimiento de aquellos que están vivos en la actualidad.

A pesar de que la idea de España no es algo exclusivo de la derecha, sí es en este ámbito ideológico donde más preocupación hay por la misma y donde más se ha extendido históricamente el ahora muy minoritario nacionalismo español. En estos círculos los sefardíes, muchas veces incluso idealizados, son vistos con aprecio por su lealtad al idioma⁶ y por ser percibidos como representantes en el extranjero de las esencias españolas. En

⁶ Desde hace décadas el judeo-español está herido de muerte como lengua de uso familiar. Uno de los motivos principales es el Holocausto, que supuso la práctica desaparición de los judíos de los Balcanes y Grecia, donde se concentraban la mayor parte de sus hablantes. En los últimos años se ha producido una revitalización tanto en Israel como en otros países, pero más como una vuelta a las raíces y una actividad cultural que como vehículo de comunicación.

la mayor parte de los casos el cariño hacia los sefardíes está limpio de un antisemitismo hacia el resto de los hebreos. Es más, en algunas ocasiones se convierte en la puerta de entrada de muchos gentiles de nuestro país hacia el interés por el conjunto del pueblo judío. Sin embargo, en otros casos va acompañado de un odio hacia el resto de los judíos o incluso a esos mismos sefardíes cuando viven en España, Estados Unidos o Israel.

El sefardí al que ama el antisemita español es un personaje idealizado por la distancia, geográfica e histórica. Por eso nos referimos a él como arqueológico. Dicho judeófobo le quiere debido a que está lejos y le hace pensar en unas “esencias patrias” con cinco siglos de antigüedad. De hecho, el que ama al sefardí y odia al judío no tiene interés en conocer en persona a ese hebreo de origen español.

El filosefardismo español, sea limpio de todo sentimiento antijudío o mezclado con el antisemitismo, tiene unas raíces profundas, de más de un siglo. Podemos situar su nacimiento en 1883, cuando el senador Ángel Pulido descubre en el Danubio la existencia de los sefardíes, tras lo que dedicará una parte importante de su vida a una campaña de acercamiento entre España y los descendientes de los expulsados por los Reyes Católicos en 1492. Desde entonces, el interés por estos “Españoles sin patria”, como los definiría Pulido en el título de la obra que publicó en 1905, no paró de crecer.

FILOSEFARDÍSMO Y JUDEOFobia

Ya hemos señalado que este filosefardismo en muchos casos está exento de judeofobia y en otros es la excusa perfecta para el antisemita español. Pero hay un tercer caso, que es un fenómeno con muchas décadas de vida en nuestro país. Se trata de lo que se podría denominar como un esquizofrénico filosefardismo antisemita. No resulta extraño encontrar entre la extrema derecha española personas que sienten un sincero amor hacia los sefardíes al tiempo que odian al conjunto de los judíos. El mecanismo mental que permite esta contradicción consiste en atribuir todos los males que el antisemita personifica en los judíos a los asquenazíes (descendientes de aquellos que vivían durante la Edad Media en el centro y este de Europa)

mientras que en el sefardí se incide en su carácter hispánico despojándolo de su judeicidad.

Esta esquizofrenia, si se nos permite la licencia de utilizar dicho término psiquiátrico, estuvo ya presente en intelectuales falangistas durante la Segunda República, como Ernesto Giménez Caballero⁷. Es después, durante el franquismo, cuando aparece por primera vez el filosefardismo como excusa para negar el antisemitismo. Aunque en rigor el régimen de Franco no fue antisemita en todas sus actuaciones referidas a los judíos, no al menos durante los cuarenta años que duró⁸, sí tuvo etapas en las que lo fue y utilizó la judeofobia como parte de su propaganda.

Ya durante la Transición, el filosefardismo es heredado tanto por sectores sociales y políticos de la derecha, en la actualidad democrática y que nada tiene que ver con el franquismo o la Falange, y de la izquierda. Lo sefardí se ha convertido en políticamente correcto. Donde no se puede poner judío se sustituye por sefardí y se tiene la garantía de que los antisemitas no se van a quejar con tanta virulencia. Menudean por doquier cursos, conferencias y exposiciones en cuyo título se hace referencia a los expulsados en 1492, aun cuando su tema central sea lo judío en su más amplio sentido o incluso se trate de cuestiones en las que éstos no tengan nada que ver.

En la actualidad quedan elementos judeófobos en nuestro país. Y algunos de ellos siguen utilizando el cariño, real o ficticio, a los sefardíes para negar su propia naturaleza. Reconocerse a día de hoy como antisemita es políticamente incorrecto.

El otro tipo de judío arqueológico que sirve como excusa al antisemita contemporáneo es el hebreo que vivió en España durante la Edad Media.

⁷ Autor tanto del documental cinematográfico rodado en los Balcanes en 1931 *Judíos de patria española* como del prólogo de la recopilación, editada por él, de textos de Pío Baroja que lleva por título *Comunistas, judíos y demás ralea*.

⁸ Un buen análisis de las diferentes políticas españolas hacia distintos grupos de judíos durante la Segunda Guerra Mundial, en Jacobo Israel Garzón, "Franco, el Holocausto y los judíos (1939-1945)", en David Bankier e Israel Gutman (editores), *La Europa nazi y la Solución Final*, Editorial Losada, Madrid, 2005.

Desde hace algunos años se puede observar cómo en nuestro país crece el interés por recuperar el pasado judío. En muchas ocasiones, seguramente la mayor parte de ellas, responde a un sincero afán de conocer y reconocer una parte importante de la Historia, si bien en otros se trata de explotar lo que se ha visto como un importante filón turístico. Hay un tercer motivo para mostrar dicho interés, y es aquí donde entra el judío arqueológico como excusa del antisemita.

MITIFICACIÓN DE LA ESPAÑA MEDIEVAL

Para los antisemitas que se muestran interesados, e incluso que lo están, en el hispano-judío medieval, éste no es un personaje real. No les interesa cómo vivieron en la Península aquellas personas. Muy al contrario, buscan reforzar sus propios prejuicios a través de él. Para que esto sea posible es necesario, y se hace, evitar profundizar en la historia y admitir como ciertos unos tópicos demasiado extendidos. Al judeófobo de izquierdas, puesto que es en este ámbito ideológico donde más abunda el supuesto amor al hebreo peninsular medieval, las aljamas del medioevo le remiten a una idealizada España de las tres culturas. El defensor del multiculturalismo, con independencia de que esta persona sea un socialdemócrata o un radical enemigo de las democracias, se remite a una imaginaria Península Ibérica en la que convivían en paz y armonía las tres religiones monoteístas.

La aparición de este tipo de judío arqueológico como excusa del antisemita español es mucho más reciente que la del sefardí jugando el mismo papel. Esto se debe a que conceptos como multiculturalismo, muy del gusto de la izquierda, o el diálogo y la tolerancia interreligiosa son muy modernos. De hecho, esta última aparece de forma especialmente reciente en un país con la evolución histórica como la de España.

En definitiva, quien se escuda en este judío arqueológico para negar su odio al Pueblo de Israel no está interesado en la verdad histórica. Para él no existen episodios como las matanzas de 1391 comenzadas en Sevilla y rápidamente extendidas a otras ciudades andaluzas y castellanas, ni Mai-

mónides tuvo que fingir la conversión al Islam para salvar su vida. Para este antisemita amante del multiculturalismo los judíos medievales vivían en los diferentes reinos peninsulares, con independencia de la adscripción religiosa, sin peligro alguno y en igualdad con los musulmanes y cristianos.

Quien muestra, para ocultar su antisemitismo, su admiración e interés por dichos judíos piensa en figuras como Maimónides. Pero rechaza conocer los avatares de su vida, no vaya a ser que le destrocen la imagen idealizada que le lleva a imaginar una Arcadia Ibérica de multiculturalismo y tolerancia bruscamente rota por los Reyes Católicos en 1492. Como a aquel que oculta su odio a lo judío en la pasión por lo sefardí, no le importa el judío real, de entonces o ahora, en España o en otro lugar. Le interesa una imagen que sirva para reforzar sus prejuicios.

Es más, este antisemita multiculturalista supera al antisemita filosefardí. Mientras que el que admira a los sefardíes idealiza a estos hebreos, a quien idealiza el multiculturalista es a quienes vivían junto a ellos (en los últimos tiempos especialmente a los musulmanes). El hispano-judío medieval sólo interesa en tanto en cuanto receptor de una supuesta tolerancia y respeto, no en sí mismo.

El mito de la España de las tres culturas, de un supuesto multiculturalismo medieval ibérico, se basa en buena medida en la obra de Américo Castro, que en su larga disputa con Claudio Sánchez Albornoz siempre defendió esta idea. Si bien dicho autor no llegaba hasta los límites absurdos que se han alcanzado en la actualidad.

No es raro encontrar a este tipo de antisemitas en los múltiples cursos y seminarios de temática sefardí. Como los casos reales son los que mejor sirven para comprender la realidad, sirva como ejemplo lo que el autor del presente artículo vio y oyó aquel fatídico 11 de septiembre de 2001 en el que Estados Unidos era golpeado por los atentados terroristas más sangrientos de la historia. El escenario se sitúa en Toledo, ciudad en la que se celebra anualmente un Curso de Verano de Cultura Hispano-Judía y Sefardí organizado por el Museo Sefardí y la Universidad de Castilla-La Mancha. La edición de aquel año estaba dedicada a los restos arqueológicos judíos

en España. Entre los alumnos, había un grupo de estudiantes de Historia cuyos miembros respondían a la perfección al perfil de la izquierda anti-globalización defensora del multiculturalismo.

Quienes formaban dicho grupo de estudiantes de Historia mostraban un interés profundo por conocer el pasado judío de España, y nada hacía pensar que albergaran ningún tipo de odio antisemita. Sin embargo, Al Qaeda destruyó las Torres Gemelas. Cuando todavía los asistentes al curso, como millones de seres humanos en todo el mundo, se encontraban en un profundo estado de conmoción horrorizados por lo que se había visto en la televisión, estos jóvenes mostraron su verdadero rostro.

No habían pasado más de cinco horas cuando comenzaron a culpar de los atentados a los propios Estados Unidos por su política exterior, según ellos dirigida “por los judíos” y al servicio de Israel⁹. Estos admiradores del pasado judío español mostraban el más visceral antisemitismo. No pudimos evitar preguntarles que si tanto odiaban a los judíos, qué hacían en aquel curso. Y ahí observamos por primera vez en persona en qué consiste el fenómeno al que hemos denominado “el judío arqueológico”. Los protagonistas de nuestra historia respondieron, totalmente convencidos de lo que decían, que los judíos medievales no tenían nada que ver con los judíos actuales. Afirmaban sin rubor que aquéllos eran buenos y éstos son dañinos.

A tal punto llegó su estallido de odio antisemita que al ser replicados por una anciana judía allí presente no dudaron en recriminarla a ella personalmente por todos los males del mundo contemporáneo. Eso sí, dichos jóvenes estudiantes de Historia no pensaron en ningún momento que su discurso de odio chocaba con ese mundo de tolerancia y multiculturalismo que decían defender.

Ese aislamiento del hispano-judío medieval respecto de la historia posterior del conjunto de los judíos es una de las características del antisemita que elige a este tipo de hebreo como “amigo judío” imaginario. Al aislarle

⁹ La idea de una política exterior norteamericana dirigida por judíos y al servicio de Israel es uno de los argumentos antisemitas más extendidos en la actualidad.

de forma geográfica (se le limita a la Península Ibérica) y temporal, no se le reconoce pasado y futuro, se hace fácil odiar al resto de los judíos. En especial, una vez más, a aquellos cuya vida se desarrolla en Estados Unidos, el Estado de Israel o la España moderna. De hecho, en este caso se produce algo parecido al esquizofrénico filosefardismo antisemita al que nos referíamos con anterioridad.

MULTICULTURALISMO Y NEGACIÓN DEL HOLOCAUSTO

Uno de los máximos exponentes de la idealización de la tolerancia medieval hacia los judíos en España es el francés Roger Garaudy, uno de los más destacados antisemitas de las últimas décadas. Su historia personal es la de la defensa del totalitarismo y la difusión del odio antisemita. Tras haber sido miembro del Comité Central del Partido Comunista Francés pasó a defender sin decoro la figura de Adolf Hitler. Convertido a una versión radical del Islam en los años 80, en 1995 escribe el libelo *Los mitos fundacionales del Estado de Israel*. En este libro, que le convierte en uno de los grandes referentes del nazismo contemporáneo y de importantes sectores de la extrema izquierda de todo el mundo, niega la existencia del Holocausto y fomenta el odio a los judíos. Por este motivo es condenado en Francia por negación de crimen contra la humanidad y "difamación racial".

Sin embargo, en España encuentra su refugio y hasta el premio de las autoridades por difundir la idea de un supuesto oasis andaluzí de multiculturalismo y respeto. La Consejería andaluza de Cultura, entonces a cargo de Carmen Calvo, entrega a su Fundación Roger Garaudy la gestión del Museo Torre de la Calahorra de Córdoba. No importa que el francés niegue el Holocausto o sea un héroe para totalitarios de todo el mundo. Lo fundamental es que su fundación busca difundir el conocimiento de "la tolerancia y el respeto que presidía la convivencia de las tres culturas, cristiana, judía y musulmana, y aspectos de la vida cotidiana".

Para concluir, y a modo de resumen, volveremos a repasar en forma sintética los elementos que definen el fenómeno del judío arqueológico como excusa del antisemita actual:

1. Se trata de un fenómeno fundamentalmente español. La historia de los judíos peninsulares, su “Edad de Oro” y figuras del alcance de Maimónides y Najmánides, así como la posterior diáspora sefardí hacen que un fenómeno similar no pueda ocurrir de forma generalizada en otros países.
2. El judío objeto de admiración o cariño es una figura idealizada a la cual se desvincula de su judaísmo y se le atribuyen características reales o imaginarias de lo español, tanto en su aspecto actual como en su dimensión histórica
3. Su aislamiento del resto del judaísmo permite odiar a los demás hebreos. Es sólo al judío arqueológico al que se le, si se nos permite utilizar esta palabra, “limpia” de los prejuicios contra los judíos. Al igual que el antisemita que piensa que el judío real del que es amigo es la excepción a la norma, quien muestra su amistad hacia el “judío arqueológico”, considera que éste, sea sefardí o hispano-judío medieval, es la excepción frente al resto de quienes comparten su religión.
4. Lo anterior puede llegar a traducirse en un esquizofrénico sentimiento de amor y rechazo extremos y simultáneos. Por un lado, se siente una gran pasión hacia un grupo por su hispanidad, o por su carácter de supuesto receptor de tolerancia religiosa. Por el otro, se profesa un profundo odio hacia ese mismo grupo por su judeidad.

diciembre
1996

noviembre
2006

edición
digital
IV

Consiga
gratis el
CD-ROM
recopilatorio
de REVISTA DE libros
con todos los artículos
desde el número
0 al 119

REVISTA DE
libros
DE LA FUNDACIÓN CAJA MADRID

diez años de
REVISTA DE libros
en CD-ROM



Suscríbese a Revista de Libros por dos años y recibirá
en un único CD-ROM diez años de la revista

Puede suscribirse por correo: Rafael Calvo, 42 28010-Madrid

Teléfono: 913 194 833 Fax: 913 195 264

correo electrónico: suscripciones@revistadelibros.com

REVISTA DE
libros

DE LA FUNDACIÓN CAJA MADRID

Rafael Calvo, 42, 2.º esc. izda.
28010 Madrid
www.revistadelibros.com